

No se llamaba Charca

Por Juan Antonio López Cordero

(Feria y Fiestas en honor a San Gregorio Nacianceno, 8-9 Mayo Pegalajar 2023. Pegalajar: Ayuntamiento de Pegalajar, 2023).

Pegalajar es el pueblo de la Charca, como suele denominarse con frecuencia por ser este embalse una de sus señas de identidad, sin duda la más notable por su gran valor histórico, económico, cultural, urbanístico y, también, sentimental, para los pegalajeños. Sin embargo, en el pasado este embalse no era denominado Charca.

Charca es una palabra genérica que se define, según la Real Academia Española (R.A.E.), como “depósito algo considerable de agua, detenida en el terreno, natural o artificialmente”. La primera vez que la encontramos escrita, referente al embalse de Pegalajar, es en 1931, cuando

el Subdelegado de Sanidad se refiere al embalse como “charca” en un párrafo algo despectivo, en referencia a sus aguas contaminadas:

“cuando el embalse se llena queda al mismo nivel que las aguas del manantial (...), en los días de aire el pequeño oleaje que produce puede mezclar los embalses con el de la Fuente, constituyendo un peligro (...) por arrojar en dicha charca cadáveres de animales en completo estado de putrefacción”.

Posteriormente, en 1943, comienza a denominarse asiduamente con la denominación de “Charca”, a partir de una carta del Delegado Sindical Local dirigida a la Obra Sindical de Colonización para la ejecución de las obras de reparación del embalse, iniciativa que se inició en la II República y quedó paralizada por la Guerra Civil:

“el mal estado del embalse denominado La Charca, y de las acequias que daban lugar a una pérdida de agua considerable y eran un peligro para la salud



pública por estar dicho embalse ubicado en el interior de la población”.

Unos años después de finalizada la contienda, en 1944 se iniciaron las obras del embalse, que duraron hasta 1949, debido a las dificultades abastecimiento de cemento en estos años de posguerra. Fue un incipiente apunte de una política nacional de desarrollo agrícola que tenía en los embalses de aguas su más clara expresión durante los planes de desarrollo provinciales. A partir de entonces, en la documentación generada por el proyecto de reforma de dice *“del embalse denominado Charca”.*

Anteriormente, la denominábamos de diferentes nombres, sinónimos a Charca. El más común fue “Balsa”, significado recogido en el diccionario de la R.A.E. como “hueco del terreno que se llena de agua, natural o artificialmente”. Como tal denominación de “La Balsa” aparece en el Catastro del Marqués de la Ensenada

de 1752 en relación al embalse que regaba las huertas, en diferentes expedientes de limpieza del embalse y en el proyecto de reforma de 1903.

En otras ocasiones, pero en menor proporción, aparece la denominación de “Laguna”, definida por la R.A.E. como “depósito natural de agua, generalmente dulce y de menores dimensiones que el lago”. Así lo recogen las descripciones geográficas de Tomás López en 1781 y en un proyecto de molino harinero de 1859, que llama al embalse como “Laguna de la Reja”, en alusión al nacimiento de la Fuente de la Reja.

Otra denominación fue la de “Presa”, palabra definida en la R.A.E. como “muro grueso de piedra u otro material que se construye a través de un río, arroyo o canal, para almacenar el agua a fin de derivarla o regular su curso fuera del cauce”. Esta definición recoge a la perfección la construcción del embalse tradicional, que



La Charca en la década de los 50

lo formaba un gran muro de piedra en la parte baja, reforzado por un amplio dique de tierra de varios metros de grosor, que en la actualidad forma parte de la calle Virgen de las Nieves. Bajo esta calle hay una bóveda para desagüe del embalse. Con denominación de Presa aparece en el reglamento de riego de la Huerta de 1828, conocido como “Repartimientos de Presa”, que recogía tradición de riego de la Huerta de “tiempo inmemorial”.

La definición más antigua conocida del embalse fue “Bañuelo”. El Diccionario de Autoridades (1727) en una de sus acepciones de la palabra baño dice: “Se llama también el lugar, sitio, ò paráge donde se toman los baños”. A ella se añade el sufijo -uelo, que tendría en esta palabra un sentido despectivo. Cerca del embalse se ubicaban las antiguas albercas donde

se introducían el cáñamo y el lino para su preparación. En el siglo XVI, las huertas en torno al embalse recibían el nombre de huertas del Bañuelo, al igual que el molino harinero que se ubicaba junto al embalse. En topónimo ha permanecido en algunas de las huertas cercanas al embalse, huertas del Bañuelo Alto y del Bañuelo Bajo, regadas por dos caces de agua diferentes.

Como Bañuelo, Presa, Laguna y Balsa, conocieron los pegalajeños en el pasado al secular embalse de la Fuente Vieja o de la Reja. Desde la gran reforma del embalse, hace ochenta años, lo llamamos Charca. Es un claro ejemplo de la evolución de la toponimia y de la riqueza del castellano para denominar con diferentes palabras una misma cosa.

